

## RENOVARE

Sólo tú y yo sabemos el secreto  
de nuestro amor, como Luzbel caído;  
pero á las puertas del Edén Perdido  
lanzando á todo su implacable reto.

Ya con tu ausencia el oleaje inquieto  
de la murmuración yace dormido;  
mas nunca como ahora te he querido,  
con un amor tan grande, tan discreto. . . .

Eres la carne de mi carne, vibra  
en mis labios aún tu beso ardiente  
y abrasa el corazón fibra por fibra;

mientras la estrofa escápase candente;  
y Amor ceñirla al Huracán le libra,  
corona de recuerdos, á tu frente!

## EN LA NOCHE....

Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,  
ansié la muerte, la busqué yo mismo;  
y á las negras orillas del abismo,  
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,  
me dijo así su voz: *aliento cobra,*  
*valor para la muerte es lo que sobra,*  
*valor para la vida es lo que falta!*

Y un estremecimiento entre el follaje  
(de hojas y aves) murmuró á mi oído  
las notas de un cantar nunca aprendido,  
en las largas etapas del viaje.

Y en reversión hacia la edad primera,  
á la voz inefable del maestro,  
escuché en mi redor el Padre Nuestro  
que repetía la Natura entera.

No fué su voz la dura del reproche,  
sino dulce de amor y de ventura:  
así, en mis largas horas de amargura,  
me habló Jesús en medio de la noche.



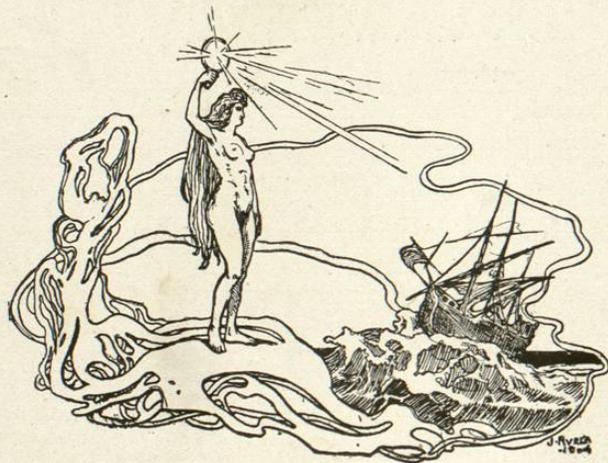
Á LUIS G. URBINA.

¡Oh lejana visión! más blanca y pura  
que la nieve reciente de la cumbre,  
rayo fugaz de pasajera lumbre  
que entre las sombras de mi ser fulgura.

¿Eres nuncio de paz ó de amargura?...  
Perseguido por negra muchedumbre  
de exóticas quimeras, tu vislumbre  
en mi vida es la única blancura.

Y sigo tu fulgor sin esperanza  
cuando cruzas, eterna fugitiva,  
como una exhalación en lontananza. . . .

De las tinieblas pálida cautiva,  
blasfemia ó fe, seguro ó asechanza,  
no me dejes jamás mientras yo viva!



## QUE ME MIREN SIEMPRE. . . . .

Hay versos que brotan como hilos de agua;  
hay versos que estallan como una centella;  
versos que son chispas candentes de fragua,  
y versos más dulces que la boca de ella.

Y por eso pago con versos los besos  
que anhelante libo en su boca roja,  
cuando me desplomo de sus besos, esos. . . !  
. . . . como cae del árbol temblando la hoja.

Pero algo los versos apaga y acrece  
en urente encanto: y son sus miradas,  
hay en ellas tanto que flota y se mece. . . .  
En cielos no vistos noches ignoradas.

Cuando me besaba, chocaban sus dientes,  
caída de perlas en páteras de oro;  
mas eran los versos tan indiferentes  
cuando me miraba.... que es lo que yo adoro.

Que me miren siempre como aquella tarde  
en que el sol en amplia púrpura caía;  
con esas pupilas, negras, en que arde  
la luz de la noche y la luz del día.



J. RVELAS-1901

## BLANCA

I  
Amo los blancos lirios porque tienen  
el color inefable de tu cara;  
y en su cáliz el cándido perfume  
de tu alma.

## II

A orillas de un torrente que se arroja  
en salto, que conmueve la montaña,  
miré mecerse un lirio salpicado  
por el agua.

En torno viejos pinos pesarosos,  
lentamente, al fragor, cabeceaban;  
á lo lejos la nieve de la cumbre,  
sonrosada

por el último beso de la tarde;  
y, más allá, la florescencia casta  
de las estrellas que en el hondo cielo  
comenzaba.

Entre enorme explosión de flores libres,  
salvajes por silvestres, —pura y blanca—  
aquella flor doblábase en su tallo  
y miraba

hacia abajo, con ansias de arrojarse  
en la enorme parábola del agua. . . .  
Y recordé tu amor, á las orillas  
de mi alma.

III

¡Oh Noche! tú miraste que el torrente  
bramó por prevenir el mal. . . . y nada!  
La flor cayó en sus brazos, y él, rugiendo,  
lanzó hasta el cielo sus espumas blancas  
como huyendo de sí; mientras los pinos,  
los viejos pinos, pensativos, graves,  
lentamente, al fragor, cabeceaban,  
bañados por la luna que surgía  
como un ser sin amor, sin esperanza.

IV

No inclines la corola hacia el abismo  
de mi alma;  
tengo sobre el torrente un privilegio:  
la palabra.



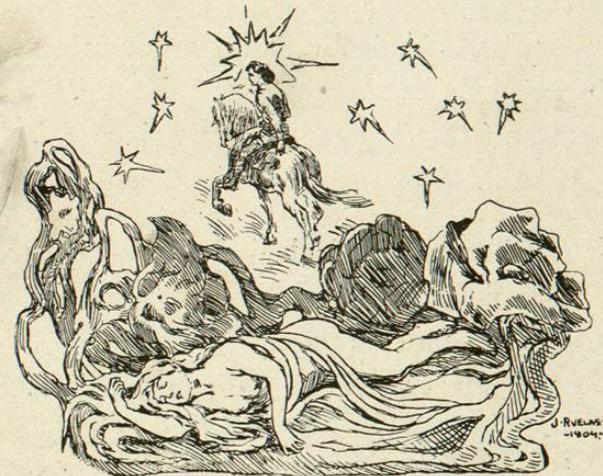
#### PARA LAS NIÑAS SOÑADORAS

Reclinada en un pétalo de rosa,  
en el misterio de la noche, Ella,  
miró venir, tremante y ruborosa,  
un jinete en el rayo de una estrella.  
Sintió tenue volar de mariposa;  
y encunada en sus sueños la doncella,  
ardió de amor, pero murió de frío  
en una gota blanca de rocío.

La rosa, breve tálamo de amores,  
marchita y deshojada por el viento,  
rodó como una lluvia sin rumores,  
con no sé qué macabro movimiento.

No la vieron caer las otras flores;  
erguidas hacia el alto firmamento  
buscaban ¡ay! los perfumados rastros  
del jinete amador, entre los astros.

Así, todas las noches, los amantes  
de las niñas que duermen en las rosas,  
descienden cabalgando en los distantes  
rayos de las estrellas misteriosas. . . .  
Huye tú de perfumes enervantes,  
de jinetes de huellas luminosas;  
porque ¡oh, núbil! la Eterna Poesía  
tiende el lecho de amor por sólo un día.



## ENSUEÑO

A LUIS G. CABALLERO.

Lo recibió en su alcoba la dulce niña  
y le dijo muy quedo: «tú eres mi dueño,  
deja que con mis brazos tu cuerpo ciña,  
deja que arrulle y cuide tu dulce sueño.»

El velador lanzaba rayos de luna  
sobre el intacto lecho de la doncella;  
había de sus brazos hecho una cuna  
para el amor dormido, dormido en ella.

¡Una luz indecisa, la luz de un astro  
encendida en su alma; pero distante,  
como á través pasando de un alabastro,  
daba místicos tonos á su semblante!

¡Oh ensueños virginales! ¿Con qué blancura  
—armiño, cisne, nieve, vellón ó nube—  
soñaba sonriendo la niña pura,  
con sonrisa de virgen ó de querube? . . .

## OTOÑAL

A MIGUEL ESCALONA.

¡Qué honda melancolía  
la de esta tarde póstera de Octubre,  
en que se apaga agonizante el día,  
bajo el nublado que los cielos cubre.

¡Cómo caen las hojas  
en la solemne selva solitaria!  
Cual aves tristes cuyas alas flojas  
se alzan como se alza mi plegaria:

sin fuerzas, sin aliento,  
ludibrio de los cierzos gemidores,  
exhalando en las ráfagas del viento  
las notas de los últimos amores.

La escarcha se avecina  
y la tarde se aviene á mi tristeza;  
y en la onda, profunda y cristalina,  
miro cómo emblanquece mi cabeza.

Amor! no así la viste  
en las manos del ser que me amó tanto,  
que á mi lado jamás estuvo triste  
y yo mismo conduje al camposanto. . . .

Qué alegre la mañana! . . .  
Doraba el sol las fértiles campiñas;  
y á la mística voz de la campana  
un enjambre en la Iglesia, el de las niñas.

Tras ellas los rapaces,  
que picante atezara el aire patrio,  
entre risas y cármes fugaces,  
esperando intranquilos en el atrio.

¡Cuánta luz en los ojos,  
cuánto candor en la serena frente,

cuántas sonrisas en los labios rojos  
y en las almas qué luz indeficiente!

¡Qué blanca era la vida  
al escalar los rápidos peldaños!  
¡qué fácil y qué dulce la subida!  
¡qué lejos los funestos desengaños!

¡Qué felices nosotros  
yendo de cara al porvenir seguro!  
Hoy tiemblo por la vida de los otros  
y amargo cáliz de ansiedad apuro.

El dolor es lo único  
que hay inmortal sobre la dura tierra;  
falaz se embosca, como aleve púnico;  
nos acecha, nos mata y nos entierra.

Ese rumor de hojas  
trotando por las sendas me hace daño;  
de mi verdor así tú me despojas  
Oh Vida! sin cesar, año por año.

El árbol en la noche,  
con sus ramas escuetas y desnudas,  
rompe con su actitud el negro broche  
de mis penas incógnitas y mudas.

Pero hojas y aves  
volverán á mecerse entre sus ramas,  
cuando la primavera las suaves  
brisas les traiga en su fulgor de llamas.

No así los pobres seres  
que consumidos en su propio fuego  
ay! nacen del dolor de las mujeres,  
para sufrir, llorar y morir luego.



## A UN POETA

La Cólera y el Terror se han sentado á  
tu cabecera, ¡oh moribundo de deseos ve-  
sánicos! . . . y no tienes de Satán más que  
la impotencia. Has tomado para tu obra  
sacrílega el más noble instrumento del hu-  
mano trabajo: la palabra; y la retuerces,  
la violas y la arrojas, escupiéndola, como  
un andrajo en el crepúsculo de la noche  
lóbrega que te invade lentamente el alma.  
El verso era luz, y tú lo hiciste incendio  
en tu boca urente; ahora es lívida llama  
fatua en tu cerebro exhausto. Tu corazón  
se disipó como ceniza impalpable á los  
cuatro vientos de tu orgullo vencido. Tie-  
nes rabia y tienes miedo. No supiste lle-

nar un vientre con sano fruto, sí esterilizar espíritus con sueros malditos. Ya no vuelan tus versos. Hierven como larvas inmundas en el estercolero de tu propia vileza. . . . y la Cólera y el Terror te secan vanamente los ojos anegados en acre llanto, con pañuelos de fuego.

¿Qué has hecho del candor, de la bondad, del amor y de la esperanza? Los niños te huyen, los jóvenes te temen, tu amada te odia y tu amigo te desprecia. . . . Y á eso le llamas tú *corresponder al espectáculo de las cosas?* Mira, yo me acerco sin ascos á tu lepra, y te tomo las manos con mis manos empapadas aún en la esencia pura de la caridad, y junto á tu boca mi boca que acaba de besar santamente la cabellera perfumada con el óleo que ungió los pies ensangrentados de Cristo. . . . Algo se estremece en ti todavía. ¿Te quedan recuerdos de tu origen, áureo cantador de las pasadas primaveras? La Cólera y el Terror

se apartan de tu lado. Murmuras tus primeras estrofas; van cargadas de miel hacia el panal eterno. . . . No, no volverán los engendros de tu locura, hermano mío. ¿Que tienes tu Cruz, y que te regocijas? . . . . Es de la misma madera de la que extendió un brazo hacia el pasado, perdonándolo; y el otro hacia el porvenir, en ademán de protegerlo. ¿Que el sueño vuelve á ti, acariciando tu frente con sus dedos de raso? Duerme, duerme, poeta.... tu despertar será como una gloriosa resurrección!

